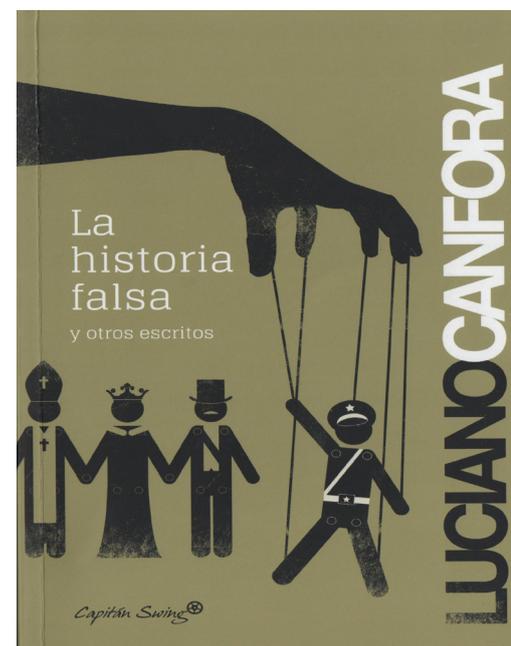


El 13 de enero de 1898, y en la cima de su gloria literaria, Émile Zola publicó en el diario parisino *L'Aurore* una carta abierta al presidente de la República Francesa, Félix Faure, denunciando con tanta pasión como talento la iniquidad perpetrada por los tribunales militares contra el capitán Alfred Dreyfus. Como es harto sabido, el famoso *J'Accuse* de Zola suele considerarse como la honrosa acta de nacimiento del “intelectual contemporáneo”, ese ilustre personaje —ese tipo ideal à la Weber— tan característico del siglo pasado y aún del nuestro que tendemos a asociar —es mérito suyo— con cualidades positivas como la lucidez, la rectitud y el combate en pos de la verdad; ese personaje íntegro que, armado con un prestigio adquirido en el campo de las letras, de las artes o de las ciencias, ha aspirado y aspira a influir en el debate político desde una posición de compromiso activo, reflexivo y/o argumentativo no exenta de riesgos y que, en última instancia, se quiere independiente de todo aquello que no sea la propia conciencia personal. El intelectual contemporáneo se nos presenta —se nos representa—, así, como un ser esencialmente crítico (aunque los objetos de su crítica pueden ser de muy diverso signo y pelaje) que no duda en comparecer ante la opinión pública —y ante la mismísima “clase política”, que lo ensalza, lo ningunea o lo silencia según sopla el viento— movido sobre todo por sus convicciones o sus dudas, y dotado de cierto marchamo de “autoridad moral”: un individuo culto que se involucra en una u otra causa por un impulso noble (el deber cívico), resuelto a señalar y corregir entuertos, atento a arrancar el velo que cubre componendas, injusticias y contradicciones, y decidido, en fin, a sembrar o extirpar ideas y a discutir sobre prioridades, alternativas y valores.

Cuatro siglos y medio antes del aldabonazo de Émile Zola, allá por el año 1440, un elocuente humanista al servicio del rey de Aragón Alfonso el Magnánimo, Lorenzo Valla, escribía en Nápoles *De falso credita et ementita Constitini donatione declamatio*, un texto breve —y doblemente bueno— donde demostraba fehacientemente que el documento en que el papado decía basar su poder temporal era una mera y burda superchería. El pretendido decreto mediante el

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 3
2014/1
ISSN 2255-2022

LUCIANO CANFORA, *La historia falsa y otros escritos*, traducción de Inés Campillo Poza, Antonio Antón y Regina López Muñoz, Capitán Swing, Madrid, 2013, 407 pp. ISBN 978-84-941690-4-5



Palabras clave:

Historia
Europa
política
ciudadano
poder



«En *La historia falsa y otros escritos se conjugan muy bien el intelectual contemporáneo, en combate contra enemigos que son todo menos molinos de viento, y el deudor del humanismo, experto en la Antigüedad clásica pero ajeno a las prisiones de la hiperespecialización, y que se vale con tino del aquilatado método filológico para desenmascarar las mistificaciones, sutiles o no, que han tratado y siguen tratando de torcer en interés de alguien el vacilante rumbo de la historia*»

cual el emperador Constantino habría otorgado al papa Silvestre el derecho a gobernar Roma y a intervenir en los asuntos políticos de los territorios del Imperio Romano de Occidente, esto es, la llamada *Donación de Constantino*, no pudo resistir el análisis filológico de Valla, que señaló los giros idiomáticos y las palabras del texto que no existían en el latín bajo-imperial del siglo IV, probando con ello su carácter de fraude confeccionado en fecha posterior. La metodología de la historia había dado un paso de gigante que todavía agradecemos.

El humanista del Renacimiento –otro tipo ideal– conforma, sin duda, una de las ramas más frondosas del incesantemente reverdecido árbol de Jesé del espíritu crítico que culmina, por ahora, en el intelectual contemporáneo. Los Valla constituyen, de algún modo, los venerables antecesores –no exclusivos, por supuesto– de los Zola. Y el autor del libro que reseñamos, Luciano Canfora, merece ser considerado como un más que digno descendiente de estirpe tan preclara: en *La historia falsa y otros escritos* se conjugan muy bien el intelectual contemporáneo, en combate contra enemigos que son todo menos molinos de viento, y el deudor del humanismo, experto en la Antigüedad clásica pero ajeno a las prisiones de la hiperespecialización, y que se vale con tino del aquilatado método filológico para desenmascarar las mistificaciones, sutiles o no, que han tratado y siguen tratando de torcer en interés de alguien el vacilante rumbo de la historia.

Canfora es uno de esos lujos que la cultura italiana se regala –y nos regala a los demás– con asiduidad notable. Por una parte se trata de un reputado profesor universitario con décadas de docencia a sus espaldas y un sinfín de trabajos académicos publicados e incluso traducidos a otras lenguas. De él se dice –y no sólo en la solapa de este volumen– que es uno de los mayores clasicistas europeos vivos. Desde su puesto de *professore* de filología griega y latina en la *Università di Bari*, su ciudad natal (Canfora es un “sabio de provincias”, una valiosa especie no sé si en peligro de extinción), ha acertado a enfocar el estudio del mundo grecorromano con una lente multidisciplinar en que la combinación de lingüística e historia, junto con el interés en llegar más allá de un público limitado de es-

pecialistas, ha conseguido que de su pluma hayan salido libros de gran relevancia en la materia y, a la vez, capaces de atraer numerosos lectores. Al castellano se han vertido *Ideología de los estudios clásicos* (editada por Akal en 1991 y reimpresión en 2012) *La biblioteca desaparecida* (Trea, 1998), *Julio César: un dictador democrático* (Ariel, 2000), *El misterio Tucídides* (Aldebarán, 2002), *Una profesión peligrosa: la vida cotidiana de los filósofos griegos* (Anagrama, 2002), *Aproximación a la historia griega* (Alianza Editorial, 2003), *La democracia: historia de una ideología* (Crítica, 2004) y *El viaje de Artemidoro: vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad* (La Esfera de los Libros, 2011).

Por otra parte nos encontramos ante una de las voces más críticas y originales de la esfera pública italiana. Y con mejor acceso a los medios de comunicación de masas, ya que colabora habitualmente en dos de los periódicos de mayor tirada de Italia: el *Corriere della Sera* de Milán y *La Stampa* de Turín. Aunque Canfora se define en alguna entrevista como “leninista radical” —¿otra especie en peligro de extinción?— y aunque su descontento con la evolución en sentido moderado del sector mayoritario de la izquierda italiana en las últimas décadas —del extinto PCI al actual Partido Democrático— es palmario, el lector se equivocaría de cabo a rabo si esperara encontrarse con un ortodoxo marxista-leninista de manual, con los dogmas al cinto, la jerga del militante en la boca y el ancla echada en algún momento anterior a 1989: sus escritos combinan de forma muy atractiva y personal los problemas y los compromisos del presente y ante el presente con los *exempla* extraídos del pasado clásico, sus analogías nunca son vulgares ni están traídas por los pelos, y sus opiniones se expresan en el tono del debate racional, no en el de la profesión de fe, el adoctrinamiento catequético o el prejuicio ideológico.

Ha sido ese interés de Luciano Canfora por la política de su tiempo y por sus orígenes inmediatos el que lo ha llevado a tratar de esclarecer —y, sin que ello sea un contrasentido, a problematizar a la vez— la historia y los dilemas de los comunistas italianos, acercándose por ejemplo a las figuras de Palmiro Togliatti y Antonio Gramsci o dedicando un libro —en 1990— a *La crisi dell’Est e il PCI*. Y a

«Ha sido ese interés de Luciano Canfora por la política de su tiempo y por sus orígenes inmediatos el que lo ha llevado a tratar de esclarecer —y, sin que ello sea un contrasentido, a problematizar a la vez— la historia y los dilemas de los comunistas italianos, acercándose por ejemplo a las figuras de Palmiro Togliatti y Antonio Gramsci»

publicar obras consagradas al año 1914 o a la revolución rusa. De igual modo ese interés explica su exitosa faceta de ensayista político en general, concretada en más de media docena de libros pensados con la cabeza pero donde se oyen con fuerza los latidos del corazón, de los cuales solamente se han vertido al castellano *Crítica de la retórica democrática* (Crítica 2002) y *Exportar la libertad: el mito que ha fracasado* (Ariel, 2008; edición en catalán de la Universidad de Valencia del mismo año), además de los que aparecen compilados en el volumen que aquí nos ocupa.

Porque, en efecto (el mismo título lo anuncia), *La historia falsa y otros escritos* es una compilación –y traducción– realizada en España de tres libros y dos breves trabajos que no se encuentran juntos en italiano. Siguiendo el orden establecido por la editorial, hallamos en primer lugar ¡Europa nos lo exige!, cuyo original fue publicado por Laterza en 2012 y ha merecido diversas reediciones. A continuación se sitúa *La naturaleza del poder*, obra asimismo del catálogo de Laterza y asimismo varias veces reeditada, pero datada en 2009. En tercer lugar aparece *La historia falsa*, el texto más extenso de los reunidos, que sacó a la luz Rizzoli en 2008. Y finalmente un “*Excursus*” agrupa la contribución de Canfora al volumen colectivo *El hombre griego*, editado por Laterza en 1991 con Jean-Pierre Vernant como responsable principal, que ya tradujo Alianza Editorial en 1993, y que lleva por título “El ciudadano” –un tipo ideal más–, y “Espartaco, Marx y Mommsen”, aportación de nuestro autor al congreso internacional que tuvo lugar en Cividale del Friuli en 2005 y cuyas actas se publicaron en Pisa (Edizioni ETS) en 2006.

“Europa nos lo exige”, que ocupa 45 páginas en la versión española, es un ejercicio de lucidez vigorosa que, inevitablemente, tiene algo de panfleto. Cada vez más se tiende a confundir un panfleto con un libelo, es decir, con un escrito en que se denigra o infama a alguien o a algo, De hecho, esa es la definición de libelo del diccionario de la Real Academia Española, donde se da como primera acepción de panfleto precisamente la de “libelo difamatorio”. Sin embargo un panfleto es también, según la misma RAE, un “opúsculo de carácter agresivo”. La cuantificación de la agresividad necesaria para merecer tal apelativo,

«En la literatura panfletaria, como en los regalos, el envoltorio juega un papel importante. ¿Cuáles son esos contenidos? ¿De qué nos habla Canfora? De una Europa en manos de burócratas y banqueros que se ha convertido en algo así como el gran timo del siglo»

evidentemente, no la aclara la academia. Y, en efecto, la literatura política ha encontrado en el panfleto uno de sus géneros característicos (otro es el tratado) a lo largo de la historia: la denuncia de lo que disgusta en el conflictivo terreno de las relaciones de poder suele conllevar cierta dosis de indignación y exigir mordacidad y pocas contemplaciones verbales. Panfleto es el ¿Qué es el Tercer Estado? del abate Sieyès, panfleto el *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y su amigo Friedrich Engels y panfleto *El liberalismo es pecado* de mosén Sardà i Salvany. Y panfleto es igualmente el *Yo acuso* de Zola.

En la edición italiana el nervio panfletario del pequeño ensayo de Canfora es más inmediatamente perceptible que en la versión española gracias al diseño de la portada de lo que allí constituye, como se ha dicho, un libro independiente. Se sabe que la eficacia del texto de Zola a la hora de fijar la atención pública sobre el entonces casi muerto caso Dreyfus debió mucho a la habilidad tipográfica de los responsables de *L'Aurore*, que imprimieron un rotundo *J'Acusse...!* (que no era el título pensado por Zola) ocupando gran parte de la superficie útil de la primera plana del periódico: las dos mayúsculas, los tres puntos suspensivos y el signo de exclamación creaban un efecto dramático de enorme contundencia. En la portada del opúsculo de Canfora publicado por Laterza se lee, sobre un fondo blanco, “È l'Europa che ce lo chiede!”, con las letras en negro y las comillas en rojo, frase junto a la cual se ha dispuesto, desalineada, en rojo y en mayúsculas, la palabra *FALSO!* como si se hubiera estampillado posteriormente. Hay que lamentar que la fuerza teatral de este recurso se pierda por completo en la edición en castellano y que, para más inri, ese estentóreo “¡Falso!” que formaba parte del título original, además parte muy relevante, haya desaparecido por arte de birlibirloque. Con esta amputación, claro está, no se resta energía a las páginas que integran el volumen ni se alteran realmente sus contenidos, pero en la literatura panfletaria, como en los regalos, el envoltorio juega un papel importante.

¿Cuáles son esos contenidos? ¿De qué nos habla Canfora? De una Europa en manos de burócratas y banqueros que se ha convertido en algo así como el gran timo del

*«Sufrimos, en definitiva,
una especie de marcha
atrás respecto al orden
político edificado sobre la
derrota de los fascismos
en la Segunda Guerra
Mundial»*

siglo. El punto de partida del texto es que la construcción europea ha hecho posible, por haberse realizado en torno a una estructura bancaria (el Banco Central Europeo) y una moneda única (el euro-Merkel, lo llama con gracia Canfora en alguna ocasión), y no en torno a una estructura estatal, que un *establishment* administrativo y económico haya tomado el poder de decisión en sus manos sin necesidad de citas electorales, amparándose en meras competencias “técnicas”. La indagación de cómo se ha producido ese proceso —que “ha arrasado como un *tsunami* la vida de millones de personas”— y con qué efectos constituye el grueso de un trabajo inmisericorde con el citado *establishment* y con sus secuaces políticos, lógicamente escrito en clave italiana, pero que, debido a las enormes semejanzas entre la situación económica de ambas penínsulas mediterráneas, por fuerza ha de atraer a los lectores españoles (que pueden jugar a buscar esas semejanzas y las diferencias entre un caso y el otro).

Con estilo directo, incisivo, Canfora analiza cómo la construcción de Europa (algo tan bello en principio) ha derivado, gracias a la coartada proporcionada por la actual crisis económica, resultado por cierto del excesivo poder bancario y especulativo (de “la delincuencia bancaria”), hacia una situación de hecho en que la voz de los ciudadanos cuenta poco: los expertos ya saben qué hay que hacer. En países como Grecia, Portugal, Irlanda, España e Italia, los políticos tradicionales se han convertido en costosos ejecutores de las órdenes que dan otros. “Una heterogénea clase burocrático-financiera se expande en círculos concéntricos, desde el corazón del poder a la periferia”, afirma Canfora con un dejo leninista, y esta clase “transmite sus deseos a través de una casta política que antes detentaba el poder y que ahora, sin embargo, está a su servicio”. El tutelaje progresivo de “Europa” sobre los países miembros de la unión, en particular sobre los más débiles —el pacto del que nació el euro, al fin y al cabo, fue un pacto entre desiguales— hace entrar a la historia en una nueva fase, ya que la de la soberanía confiada a los parlamentos elegidos por sufragio universal se está cerrando.

«Todo lo que nace, sin embargo, está destinado a morir. El mito del capitalismo eterno, resultado directo de la debacle del “socialismo real”, es eso, un mito. Y pensar que se ha alcanzado el “fin de la historia” un espejismo que ya ha confundido a generaciones anteriores. También “el imperio del euro-Merkel” está destinado a caer, profetiza el autor»

Sufrimos, en definitiva, una especie de marcha atrás respecto al orden político edificado sobre la derrota de los fascismos en la Segunda Guerra Mundial.

Esa mutación tiene numerosas consecuencias. La tutela europea deprecia preceptos constitucionales —en España, recordémoslo, incluso se modificó la Constitución con rapidez inusitada y sin consulta popular— y maniatada a los gobiernos. La afirmación de que hay un camino correcto —el que señalan el BCE y el FMI— hacia la recuperación económica al cual todo ha de quedar sometido sirve para atacar y restringir los derechos sociales y laborales en una espiral sin fin. El obrero ocupado, con un lugar al sol conquistado a fuerza de luchas seculares, se ha convertido en un auténtico chivo expiatorio: sus “privilegios” se recortan como se recortan tantas otras cosas. El estado del bienestar enflaquece y amenaza con quedarse en un puro esqueleto o convertirse en recuerdo. El trabajo deja de ser, de facto, un derecho ciudadano pese a que así aparece aún en las constituciones. La “derecha” y la “izquierda” se tornan indistinguibles cuando se trata de someterse al fallo de ese omnívoro poder burocrático-financiero: la “ex izquierda”, como la llama Canfora, coopera sin ambages en la maniobra y se desdeña cualquier expresión de disenso tildándola de “ideológica”. Como si los tecnócratas, añadimos nosotros, fueran seres angelicales —o robots— sin su propia concepción del mundo, sin sus filias y sin sus fobias.

Particularmente interesante es el análisis que Canfora realiza de la carta que Mario Draghi y Jean-Claude Trichet, mandamases del BCE, enviaron al presidente del Consejo de Ministros de Italia, a la sazón el inefable Silvio Berlusconi, fechada el 5 de agosto de 2011. En esta larga misiva, que se mantuvo en secreto durante mucho tiempo y que se publica íntegra en “¡Europa nos lo exige!”, poco menos que se *dicta*, sin que se requieran circunloquios ni ambigüedades, cuál ha de ser la política económica, social y laboral que ha de seguir el gobierno italiano. Incluso se señala la necesidad de una reforma constitucional “que endurezca las normas presupuestarias”. El *diktat* fue convenientemente atendido, la legislación sobre convenios laborales modificada y en la Constitución italiana, como

«‘La historia falsa’ (La storia falsa) es el de mayor extensión del volumen — ocupa más de la mitad— y su contenido merece el calificativo de historiográfico»

pasó en España, se insertó la exigencia de presupuestos equilibrados. Ese “hachazo final”, según Canfora, “será nuestro yugo”.

Todo lo que nace, sin embargo, está destinado a morir. El mito del capitalismo eterno, resultado directo de la debacle del “socialismo real”, es eso, un mito. Y pensar que se ha alcanzado el “fin de la historia” un espejismo que ya ha confundido a generaciones anteriores. También “el imperio del euro-Merkel” está destinado a caer, profetiza el autor.

“La naturaleza del poder” es un ensayo bastante diferente. Un poco menos breve que el anterior –75 páginas– y mucho menos marcado por las urgencias del momento, su estilo está bien lejos del género panfletario. El traductor ha sido fiel al título original –*La natura del potere*– y Canfora ha echado en él mano a su portentoso conocimiento de la historia –en especial de la que atañe a la Antigüedad– para cimentar una obra que no es exactamente historiográfica. Su objetivo es reflexionar, con un telón histórico de fondo, sobre el poder, sobre sus formas y representaciones, sobre su ambigüedad, sobre la continua búsqueda del consenso... El *professore* de Bari abandona aquí el papel de Zola redivivo.

Referencias a figuras de los últimos siglos, como Napoleón, Marx, Trotsky, Mussolini, Gramsci y un amplio etcétera conviven en este texto con otras del período clásico, como César, Bruto, Augusto, Clístenes, Hipias, Hiparco y otro largo etcétera. Hay que decir que el diálogo entre lo reciente y el prestigioso ayer grecorromano ha constituido y constituye un magnífico recurso en el arsenal retórico y metodológico de analistas y teorizadores de la política, al menos desde el Renacimiento. Canfora entronca así, aunque no lo manifieste, con una tradición jalonada de reputados ancestros. Los ejemplos podrían multiplicarse: Maquiavelo construía su príncipe atendiendo a las andanzas de los poderosos de su tiempo y disertando a la vez sobre la primera década de Tito Livio, Benjamin Constant comparaba las libertades de los antiguos y de los modernos para sentar las bases de su influyente versión del liberalismo... El poder siempre ha existido, pero sus formas

«Uno de los fines para las que se crean falsas misivas y falsos discursos, afirma Canfora, es “llenar un vacío”, crear el fragmento que falta en una serie coherente pero con lagunas»

cambian. Cualquier aproximación rigurosa a su estudio requiere tener en cuenta las continuidades y las alteraciones registradas por la historia.

No es fácil sintetizar en pocas líneas el periplo de la indagación de Canfora, que es más un paseo por el tema (como toca en un ensayo) que una aportación categórica, cerrada y sistemática. En un grosero resumen podríamos decir que la cuestión esencial que se plantea es dónde está el poder, si real y efectivamente se encuentra en los personajes públicos que lo encarnan o, por el contrario, permanece oculto, invisible, en manos de élites y grupos de presión que no se presentan a las elecciones. El estado, sea democrático o sea tiránico, está fundado sobre la fuerza, arguye Canfora (detrás del cual parece asomar en ocasiones la sombra alargada de Lenin), de modo que el verdadero poder está en un caso y en otro bien lejos de la mayoría de los ciudadanos: los pocos dominan a los muchos aunque los medios de que se valen para conseguir ese dominio puedan ser diversos y cambiantes. Insistimos, un grosero resumen que no hace en absoluto justicia a un texto nada anodino, lleno de cuestiones abiertas al debate y chirriantes sugerencias –provocaciones– que a veces bordean lo políticamente correcto. Para muestra un botón: ¿ha de valorarse la figura del tirano siempre en negativo y la democracia parlamentaria, por más que enmascare el dominio de una élite, siempre en positivo?

El tercer texto traducido, “La historia falsa” (*La storia falsa*) es el de mayor extensión del volumen –ocupa más de la mitad– y su contenido merece el calificativo de historiográfico. A lo largo de sus 220 páginas Canfora estudia, con una brillantez envidiable (incluso teniendo en cuenta que sus logros se quedan muchas veces en la nube de la hipótesis: el autor se mueve más en el terreno de lo probable que en el de lo comprobado) y con el ánimo del detective concienzudo, una serie de casos de documentos “históricos” tanto del mundo clásico como del siglo XX que, por una razón u otra, pueden considerarse espurios, es decir, inventados (y por tanto falsos) o manipulados (y por tanto falsificados). El último vástago del linaje de Lorenzo Valla vive y trabaja, pues, en Bari.

«La sospecha de interpolación que recae sobre estas palabras finales, tan ambiguas y a la vez tan puntillosamente retrospectivas (y que chocan además porque el perfil de Trotsky ya había sido trazado por Lenin en un párrafo anterior) es razonada por Canfora con bastante agudeza»

«A Nikita Kruschev, se le atribuye una curiosa frase: “Los historiadores son gente peligrosa, en un momento dado son capaces de ponerlo todo cabeza abajo”. En realidad sería mejor decir que los políticos —o mejor, algunos políticos— son gente peligrosa, en un momento dado son capaces de falsear la historia»

La primera parte de este escrito, “El arte de lo falso”, se organiza en cuatro epígrafes. El inicial, “Cartas falsas”, arranca de dos cartas que transmitió a la posteridad Tucídides: la que el espartano Pausanias —el vencedor en Platea— envió al rey de los persas, Jerjes, ofreciéndole la sumisión de Grecia a cambio de un matrimonio con la hija de éste, y la respuesta mucho más comedida de Jerjes. La misiva de Pausanias, un personaje que en aquel momento amenazaba el orden político de su ciudad, sirvió a los éforos espartanos para procesarlo por alta traición, lo que le condujo a una muerte atroz. La hipótesis más razonable es que la carta de Jerjes puede ser auténtica y la de Pausanias una fabricación de los éforos necesitados de una prueba explícita de la supuesta traición. El epistolar, explica Canfora, es el “genero falsificable por excelencia”. No es extraño, pues, que haya centrado los esfuerzos de los estudiosos que, armados con el método filológico de Valla, se han aplicado a separar lo verdadero de lo falso, como ejemplifica de modo sobresaliente Richard Bentley, que en el siglo XVII desacreditó la colección de cartas que se atribuían al tirano Fálaris de Agrigento. Uno de los fines para las que se crean falsas misivas y falsos discursos, afirma Canfora, es “llenar un vacío”, crear el fragmento que falta en una serie coherente pero con lagunas, hecho que ilustra con el caso de la “creación” del discurso de Demóstenes en defensa de la declaración de guerra a Macedonia en el año 339-338 a.C., que ha podido acreditarse como obra de un historiógrafo de nombre Anaxímenes, un poco más joven que Demóstenes, que, más que inventarlo, compuso un “refrito” a partir de intervenciones auténticas del renombrado orador ateniense. Las sospechas de falsificación, por lo demás, ya estaban presentes en el mundo antiguo y entre los propios interesados. Así lo muestra una carta de Cicerón en que el célebre prócer describe cómo desenmascaró mediante un análisis del contenido un despacho que llegó al Senado en plena sesión firmado por Bruto —el asesino de César— a la sazón ocupado en organizar las tropas republicanas en Oriente. Sin embargo, ese “falso” Bruto, sugiere Canfora, quizá no lo era...

Los dos siguientes epígrafes están interrelacionados y efectúan un salto en el tiempo y el espacio. De navegar por las remotas aguas de lo clásico pasamos a sumergirnos

en las procelosas de la Rusia soviética. “El testamento de Lenin” intenta dilucidar cómo se gestó el documento que ha acabado siendo conocido con ese rotundo nombre, aunque en realidad se trataba de una “Carta al Congreso” del Partido Comunista Ruso que se había de celebrar en el abril de 1923, dictada por un Lenin muy enfermo los días 23, 24 y 25 de diciembre de 1922 y el siguiente 4 de enero, y cómo un par de interpolaciones –hipotéticas a falta de pruebas concluyentes, pero muy verosímiles en la argumentación de Canfora– lograron mudar lo que era una carga de profundidad de Lenin contra Stalin (ya que proponía que fuera relevado del cargo de secretario general del partido) en una arma más del arsenal de éste contra su odiado Trotsky. “El error de Volodícheva” (apellido de la secretaria a quien Lenin dictó la mayor parte de la carta) aspira complementariamente a desanudar la cadena de acontecimientos mediante la cual un texto que Lenin quería confidencial –al menos hasta la reunión del referido Congreso– acabó, prácticamente de manera inmediata, en manos de Stalin, que pudo así conocerlo antes que sus rivales en la lucha por la sucesión y maniobrar para neutralizar el daño que pudiera causarle: hasta año y medio después (en mayo de 1924, cuando Lenin ya había muerto) no fue leído a puerta cerrada y en sesiones restringidas durante un nuevo congreso del partido. Y leído, por supuesto, con las frases supuestamente interpoladas que favorecían la posición de Stalin y compensaban en parte no desdeñable la dureza con que éste era tratado por el fallecido dirigente en algunos párrafos. El ascenso de Stalin a un poder sin cortapisas hizo que el “testamento” durmiera el sueño de los justos dentro de la URSS –no en el exterior– hasta 1956.

¿Cuáles son esas hipotéticas interpolaciones? Canfora localiza la primera en un párrafo dictado el 23 de diciembre en el que Lenin se pone de parte de Trotsky en lo que se refiere a la gestión de la Comisión Estatal de Planificación (GOSPLAN). “Pienso proponer a la atención del Congreso que se dé, en ciertas condiciones, un carácter legislativo a las decisiones del GOSPLAN, encontrándome a este respecto junto al camarada Trotsky *hasta cierto punto y en ciertas condiciones*”. Estas últimas palabras, que restringen

«Con materiales más o menos “auténticos” se ha fabricado una falsedad. La segunda parte de “La historia falsa” –más de 130 páginas– se dedica en exclusiva a desembrollar un episodio polémico de la historia del PCI»

el apoyo que Lenin ofrece a Trotsky, habrían sido interpoladas por orden de Stalin muy poco después del dictado original, de acuerdo a la reconstrucción de los hechos que, siempre en el terreno de lo probable, ofrece nuestro autor. La segunda, capaz de dar mucho más juego en el intento de desacreditar a Trotsky, y muy incongruente con la lógica expositiva que sigue Lenin en esta parte de su texto dedicada a opinar sobre las aptitudes de los miembros más sobresalientes del Comité Central, se ubica en un párrafo fechado del 24 de diciembre: “No seguiré caracterizando a los demás miembros del CC por sus cualidades personales. Recordaré solamente que el episodio de Zinoviev y Kamenev en octubre no es, naturalmente, una casualidad y que de esto se les puede culpar personalmente *tan poco como a Trotsky de su no bolchevismo*”. La sospecha de interpolación que recae sobre estas palabras finales, tan ambiguas y a la vez tan puntillosamente retrospectivas (y que chocan además porque el perfil de Trotsky ya había sido trazado por Lenin en un párrafo anterior) es razonada por Canfora con bastante agudeza.

A pesar del reconocido carácter conjetural de los fundamentos de la indagación, la impresión que nos queda después de leer ambos epígrafes es que también en el asunto del testamento de Lenin aquel maestro de la manipulación de la historia que fue Stalin se salió, en principio, con la suya. Igual que ocurrió —y esto ya es cosecha nuestra— con aquellas fotografías trucadas en que los líderes comunistas que caían en desgracia se volatilizaban, expulsados de los acontecimientos que habían protagonizado mediante un borrado en el negativo que buscaba condenarlos al olvido, la operación sirvió para crear un falso relato histórico en el que Stalin, ensalzado como hombre providencial, se convertía en el sucesor natural y necesario de Lenin, cosa que no era en absoluto. En principio, hemos dicho. Con el paso del tiempo, es decir, con el trabajo de los historiadores y con los efectos de los vaivenes políticos sobrevenidos tras la muerte del “padrecito”, el triunfo propagandístico de Stalin se ha vuelto un rotundo fracaso. A uno de los máximos responsables de ese giro, el “desestalinizador” Nikita Krushev, se le atribuye una curiosa frase: “Los historiadores son gente peligrosa, en un momento dado son

«De nuevo el método filológico —es decir, la búsqueda de lapsus, de contradicciones, de errores de escritura— sirve al estudioso de Bari para localizar extrapolaciones y manipulaciones»

capaces de ponerlo todo cabeza abajo”. En realidad sería mejor decir que los políticos –o mejor, algunos políticos– son gente peligrosa, en un momento dado son capaces de falsear la historia.

Volvamos a Canfora. En el cuarto epígrafe, “El falso Cot y la supresión del Parlamento”, no cambiamos apenas de tiempo, pero sí de lugar: en marzo de 1933 aparecen casi simultáneamente tres artículos, en París y Milán, que en sustancia tramiten el mensaje de que el ministro de Aviación francés, el radical-socialista Pierre Cot, pide la supresión del parlamento. Los diarios que publican la sorprendente noticia son *La Liberté* (periódico parisino de ultraderecha), *Il Popolo d'Italia* (fundado por Benito Mussolini) y el *Corriere della Sera* (también controlado por el régimen fascista). De una parte, con paciencia y erudición, Canfora descifra el sentido de la falsa noticia. Presentar a la izquierda como enemiga del parlamentarismo, explica el *professore*, constituye una de las provocaciones más habituales de la derecha en el siglo XX. *La Liberté* estaba en primera fila de la feroz y sostenida campaña antiparlamentaria que iba a desembocar en el intento de golpe de estado contra el gobierno francés de febrero de 1934. El recado con el que quiso sacudir a la opinión pública era simple: hasta un ministro dice que hay que deshacerse del Parlamento. Los periódicos italianos se hicieron eco de ello para arrimar el ascua a su sardina: el ejemplo mussoliniano cundía. De otra parte, el autor desentraña el origen del “falso Cot”, es decir, aclara cómo un diario de derechas pudo atribuir una diatriba semejante a un ministro concreto y hacerlo de una manera que pudiera parecer creíble. La fuente informativa que *La Liberté* aducía en su artículo era un supuesto escrito de Cot en unos fantasmales *Cahiers de la Révolution* que parece que no existieron jamás. Pero el contenido que el diario afirma extraer de ese texto consiste en un *collage* montado con opiniones que Cot habría expresado en un congreso de su partido en 1928 (obviamente, cuando ni sospechaba que en un futuro sería ministro). La tergiversación se asemeja a la de Anaxímenes con Demóstenes. Con materiales más o menos “auténticos” se ha fabricado una falsedad.

«Si el historiador no aplica el rigor de su mirada crítica a los documentos que se descubren entre el polvo de los archivos, si por algún motivo se debilita su compromiso con la verdad, (y ésta es la moraleja con que se cierra el largo epígrafe,) “el falsificador habrá vencido”»

La segunda parte de “La historia falsa” –más de 130 páginas– se dedica en exclusiva a desembrollar un episodio polémico de la historia del PCI al que Luciano Canfora ya había dedicado atención con anterioridad y que en Italia ha hecho correr –y suponemos que seguirá haciéndolo en el futuro– bastante tinta. En efecto, “1928: La extraña carta a Antonio Gramsci” retoma un problema que el autor abordó por vez primera en 1989: qué hay de verdadero y qué hay de falso en la misiva que Ruggero Grieco –dirigente comunista a la sazón expatriado– mandó a un Gramsci encarcelado en Milán y en espera de juicio con fecha de 10 de febrero de 1928. En realidad la carta de Grieco, con matasellos de Moscú, formaba parte de una remesa de tres: la destinada a Gramsci, la que recibió otro destacado comunista encerrado junto a él, Umberto Terracini –que años después presidiría la Asamblea Constituyente que redactó la Constitución republicana de 1947–, y la que parece ser que no llegó nunca a manos de un tercer dirigente del PCI, también huésped del mismo penal, Mauro Scoccimarro. ¿Porqué esas cartas? ¿Habían sido alteradas en el trayecto entre emisor y receptor? ¿Y, en ese caso, por quién y con qué finalidad? ¿Cuáles fueron sus efectos?

En el trabajo de 1989 –un apéndice de su libro *Togliatti e i dilemmi della politica*– y en esta puesta al día, aumentada y mejorada, Canfora se ocupa principalmente en probar que lo que finalmente se mostró a Gramsci fue un texto convenientemente manipulado por la policía secreta fascista –la OVRA– que tenía el objetivo de agravar la situación judicial del político sardo. Como los éforos espartanos con Pausanias, los esbirros de Mussolini fabricaban piezas acusatorias para hundir a su prisionero. De nuevo el método filológico –es decir, la búsqueda de lapsus, de contradicciones, de errores de escritura– sirve al estudioso de Bari para localizar extrapolaciones y manipulaciones e incluso detectar la participación en la falaz operación de Stefano Viacava, un comunista traidor al servicio de la policía: el papel relevante de Gramsci en el partido era innegable de acuerdo a este “extraño” y prolijo texto, lo que debilitaba de modo evidente cualquier posible defensa de éste ante el inminente proceso que le esperaba. Ahora bien, a Canfora no le cabe duda que Grieco mandó

«“El ciudadano” –menos de 30 páginas– resume el recorrido de la “idea griega de la política”, desde las polis arcaicas, oligárquicas, a las democráticas, en que “el demos es todo”, e incluyendo una atención especial al régimen de tiranía»

las tres cartas a la cárcel, tampoco de que su contenido era bastante más inocuo que el manipulado. Igualmente encuentra sombras en el comportamiento de Grieco en el momento del arresto de Gramsci en 1926. ¿Tenemos aquí a un “malo” de película decidido –sólo o movido por otros– a perjudicar al “bueno” de Gramsci? ¿O a un torpe, a un tonto útil que en un momento inoportuno habría cometido una “ligereza” tras la cual no habría “ni malicia ni mucho menos un plan diabólico”, como escribió en 1937 Piero Sraffa a Tania, la ya viuda de Gramsci? ¿Realmente cumplieron las cartas “falsas” su objetivo y la condena de Gramsci y sus compañeros a largas penas de prisión se debió a su existencia o, en la práctica, apenas tuvieron trascendencia?

Una respuesta contundente a esas preguntas, que tampoco son nuevas, no es fácil ni está libre de implicaciones políticas. El escrito de Canfora de 1989, explica el presidente de la International Gramsci Society Italia, Guido Liguori, en la reseña de *La storia falsa* publicada en la página web de dicha sociedad, provocó en su día un pequeño terremoto político-historiográfico: de una parte una serie de autores vinculados al PSI de Bettino Craxi (el amigo socialista de Berlusconi, que hubo de huir a Túnez para evitar la cárcel por corrupción) defendieron la veracidad de las cartas y achacaron a Togliatti (cerebro que se escondería tras la mano de Grieco) la maquinación contra Gramsci; de la otra, muchos estudiosos vinculados al PCI tampoco aceptaron la tesis de la “falsificación”, de manera que las cartas serían verdaderas aunque no el resultado de un complot, sino de la “ligereza” nada diabólica que apuntó Sraffa, y habrían tenido escasas consecuencias. Al retomar el tema tras más de veinte años que no han sido precisamente de esplendor para los políticos italianos (Craxi murió expatriado y su memoria no goza de buena salud, su compadre Berlusconi reinventó la derecha italiana, la puso a su servicio y ha acabado personificando un esperpento de los peores vicios de la política reciente, y el otrora influyente PCI pasó, con más pena que gloria, a mejor vida, disolviéndose como un azucarillo en un “centro-izquierda” de pensamiento débil y a menudo sin norte), al reforzar con nuevos materiales y mejores argu-

«‘Espartaco, Marx y Mommsen’ parte del problema de definir aquella extraña guerra –ya para los propios romanos– que asociamos al nombre de Espartaco y plantea la cuestión de si podemos denominar “terror” a la manera de combatir de aquellos esclavos-gladiadores rebeldes al poder inmenso de Roma»

mentos su interpretación, Canfora parece despreciar esa polémica por fútil: “No se trata de imaginar complots y venganzas o de disculpar a unos en perjuicio de otros. La auténtica cuestión es en qué medida el aparato policial del régimen fascista, su adiestrada y tentacular policía política, supo jugar con estos hombres”, es decir, con los dirigentes encarcelados o exiliados del PCI.

El trabajo del historiador es difícil y no siempre ofrece resultados seguros. A veces puede dejarse hipnotizar por los cantos de sirena del hallazgo excepcional capaz de cimentar una carrera académica. Pero su responsabilidad es separar lo verdadero de lo falso. Los restos que nos quedan del pasado, sobre todo cuando tuvieron un origen intencional, no son necesariamente ingenuos, ni inocentes, ni creíbles a pies juntillas. Si el historiador no aplica el rigor de su mirada crítica a los documentos que se descubren entre el polvo de los archivos, si por algún motivo se debilita su compromiso con la verdad, (y ésta es la moraleja con que se cierra el largo epígrafe,) “el falsificador habrá vencido”.

Los dos breves textos del “Excursus” que cierra el volumen se sitúan en el ámbito de competencia profesional del gran clasicista que es Luciano Canfora.

“El ciudadano” –menos de 30 páginas– resume el recorrido de la “idea griega de la política”, desde las polis arcaicas, oligárquicas, a las democráticas, en que “el demos es todo”, e incluyendo una atención especial al régimen de tiranía.

“Espartaco, Marx y Mommsen” –más corto aún: 19 páginas– parte del problema de definir aquella extraña guerra –ya para los propios romanos– que asociamos al nombre de Espartaco y plantea la cuestión de si podemos denominar “terror” a la manera de combatir de aquellos esclavos-gladiadores rebeldes al poder inmenso de Roma. Recuerda Canfora el parecer de Mommsen, que reiteradamente se refería a estos hombres como “bandidos” y lo contrapone al de Karl Marx, que veía en Espartaco a un remoto antepasado de la causa del proletariado. Asimismo repasa algunas opiniones contrapuestas sobre el personaje de autores posteriores.

«Joan Fuster, al que ya no está de moda citar, afirmaba que un buen libro siempre es una provocación»

Joan Fuster, al que ya no está de moda citar, afirmaba que un buen libro siempre es una provocación. Los textos reunidos en este volumen, se esté o no de acuerdo con las posturas mantenidas en cada uno de ellos por su autor, son capaces de suscitar incertidumbre y dudas en cualquier adicto al nada feo vicio de leer. ¿Vive Europa en los albores de una “sociedad postdemocrática” dominada por tecnócratas ensoberbecidos e intocables y en la que cualquier derecho a decidir es hurtado con un argumento legal u otro a unos ciudadanos inermes y fácilmente manipulables? ¿Existe algún tipo de futuro para el pluralismo o estamos condenados al dominio de eso que se ha llamado el pensamiento único? ¿El “déficit democrático” achacable a las instituciones europeas tiene remedio o es consubstancial a la manera concreta en que se está construyendo el complejo edificio comunitario? ¿Qué queda de aquellos añosos conceptos, en otro tiempo tan amados, como soberanía nacional, soberanía popular o división de poderes? ¿Qué se quiere decir exactamente cuando se los utiliza ahora? La democracia parlamentaria de nuestros días, ¿cuánto tiene de apariencia y cuánto de realidad? ¿Está definitivamente obsoleta? ¿Hay alternativas que la remocan o estamos condenados a marchar hacia algún modelo nuevo de tiranía? ¿Conforma sólo una útil máscara bajo la que se ocultan otros poderes fácticos, ominosos o no, que se desenmascararán, si así lo quieren, en el mismo momento que les convenga? ¿Quién piensa, y por qué, que el estado del bienestar es insostenible? ¿Conservan su capacidad de morder los epígonos de Émile Zola o sus opiniones no molestan a los poderosos más que unas inofensivas picaduras de mosquito? ¿Cuántas falsedades perviven emboscadas en las eruditas obras de los historiadores de ayer y cuántas en las más sofisticadas de los de hoy? ¿Por qué hay quién juzga tan importante el control de la historia y el control de la memoria? ¿Siguen siendo los historiadores aquella gente tan peligrosa que azoraba a Nikita Krushev? ¿Cuál será la próxima batalla en la guerra siempre abierta entre los falsarios y los adeptos a la secta nada secreta de Lorenzo Valla?

«La historia falsa y otros escritos ni aburre, ni apabulla, ni deja indiferente, sino que nos incita de manera perentoria a pensar, que es decir tanto como que nos activa, nos inquieta y nos provoca»

Esta retahíla de interrogantes ejemplifica el sinfín de dudas que me han asaltado durante un proceso de lectura que me ha resultado estimulante al tiempo que placentero. Estoy por completo convencido de que otros lectores experimentarán un impulso similar y se formularán preguntas distintas y quizá más importantes. *La historia falsa y otros escritos* ni aburre, ni apabulla, ni deja indiferente, sino que nos incita de manera perentoria a pensar, que es decir tanto como que nos activa, nos inquieta y nos provoca. No se puede negar, por ello, que constituye un libro excelente. Y de cabo a rabo.

Joan J. Adrià i Montolío